

• VICTORIA SCHWAB •



CONJURO **DE** LUZ

El equilibrio de poder finalmente se ha roto... La precaria estabilidad entre los Londres finalmente ha llegado a su punto de quiebre. La oscuridad ha proyectado sus sombras sobre el Imperio Maresh, alguna vez vibrante con la vivacidad roja de la magia. ¿Aprovechará otro Londres para resurgir? ¿Quién caerá? Kell, que creyó ser el último Antari vivo, comienza a flaquear bajo la presión de lealtades rivales.

Frente a la tragedia, ¿podrá sobrevivir Arnes? ¿Quién se alzará? Lila Bard, alguna vez una ladrona común —pero jamás corriente—, ha sobrevivido y se ha vuelto cada vez más fuerte al atravesar una serie de combates mágicos. Pero ahora deberá aprender a controlar la magia, antes de que esta pueda consumirla.

Mientras tanto, el desprestigiado capitán del Aguja Nocturna, Alucard Emery, reúne a su tripulación y juntos emprenden una carrera contra el tiempo para conseguir lo imposible. ¿Quién tomará el control? Además, un viejo enemigo regresa a reclamar la corona, mientras un héroe caído intenta salvar a un mundo de la descomposición.

*Para los que han encontrado el camino a
casa.*

*La magia pura no tiene entidad. Simplemente es una fuerza
de la naturaleza,
la sangre de nuestro mundo, la médula de nuestros huesos.
Nosotros le damos forma, pero nunca debemos darle alma.*

*MAESTRO TIEREN,
sumo sacerdote del Santuario de Londres*

UNO
MUNDO EN RUINAS



Delilah Bard —una ladrona desde siempre, una maga recientemente y algún día, con suerte, una pirata— corría tan rápido como podía.

«Resiste, Kell», pensó mientras aceleraba por las calles del Londres Rojo, aún aferrada al fragmento de piedra que alguna vez había sido parte de la boca de Astrid Dane. Un *souvenir* robado en otra vida, cuando la magia y la idea de mundos múltiples eran novedades para ella. Cuando recién había descubierto que la gente podía ser poseída o amarrada como una soga o convertida en piedra.

Fuegos artificiales resonaron a lo lejos, seguidos de hurras y cantos y música, todos los sonidos de una ciudad que celebraba el final del *Essen Tasch*, el torneo de magia. Una ciudad ajena al horror que ocurría en su propio corazón. Y allá en el palacio, el príncipe de Arnes —Rhy— se estaba muriendo, lo que significaba que en algún lugar, a un mundo de distancia, también moría Kell.

«Kell». El nombre resonó a través de ella con la fuerza de una orden, de una súplica.

Lila llegó a la calle que estaba buscando y trastabilló al detenerse, el cuchillo ya desenvainado, el filo presionado contra la palma de su mano. El corazón le golpeaba el pecho cuando giró para quedar de espaldas al caos y apoyar la mano ensangrentada —y la piedra aún en ella— contra la pared más cercana.

Lila había hecho este viaje dos veces antes, pero siempre como pasajera.

Siempre usando la magia de Kell.

Nunca la suya.

Y nunca sola.

Pero no había tiempo para pensar, no había tiempo para tener miedo y ciertamente no había tiempo que perder.

Con el pecho agitado y el pulso acelerado, Lila tragó saliva y dijo las palabras con tanta valentía como pudo. Las palabras solo para los labios de los magos de sangre. Para un *antari*. Como Holland. Como Kell.

—As *Travars*.

La magia vibró en su brazo y a través de su pecho, y luego la ciudad se tambaleó alrededor de ella, al retorcerse la gravedad mientras el mundo cedía.

Lila pensó que sería fácil o, al menos, *simple*.

Algo a lo que sobrevivías o no.

Estaba equivocada.



A un mundo de distancia, Holland se estaba ahogando.

Luchó para llegar a la superficie de su propia mente, solo para ser forzado a regresar a lo profundo de la oscuridad por una voluntad tan fuerte como el hierro. Batalló y arañó y luchó por respirar, perdiendo fuerzas con cada sacudida violenta, con cada esfuerzo desesperado. Era peor que estar agonizando, porque eso daba paso a la muerte y esto no.

No había luz. Ni aire. Ni fuerza. Todo había sido arrebatado, cercenado, solo quedaba oscuridad y, en algún lugar más allá del aplastamiento, una voz que gritaba su nombre.

La voz de Kell...

Demasiado lejos.

El agarre de Holland se debilitó, resbaló, y se hundía otra vez.

Todo lo que siempre había querido era traer la magia de regreso, ver que su mundo se libraba de su lenta e inexorable muerte; una muerte causada, primero, por el miedo de otro Londres y, luego, por su propio temor.

Todo lo que Holland quería era ver su mundo recuperado.

Resucitado.

Conocía las leyendas —los sueños— de un mago lo suficientemente fuerte para hacerlo. Suficientemente fuerte para llevar aire a sus pulmones ahogados, para acelerar su corazón agonizante.

Desde que Holland podía recordar, eso era todo lo que había querido.

Y desde que Holland podía recordar, había querido que ese mago fuese él.

Incluso antes de que la oscuridad floreciera en su ojo, marcándolo con la seña de poder, había querido ser él. De niño, se había parado en las orillas del Siljt, había lanzado piedras para que patinasen sobre la superficie congelada e imaginado que él sería quien rompiera el hielo. Ya siendo todo un hombre, se había parado en el Bosque Plateado y rezado para tener la fuerza para proteger su hogar. Nunca había querido ser rey, aunque en las historias el mago siempre lo era. No quería gobernar el mundo. Solo quería salvarlo.

Athos Dane había dicho que esto era arrogancia, aquella primera noche cuando Holland fue arrastrado, sangriento y semiconsciente, a los aposentos del nuevo rey. Arrogancia y orgullo, lo había regañado mientras tallaba su maledificio en la piel de Holland.

«Cosas que romper».

Y Athos lo había hecho. Había roto a Holland un hueso, un día, una orden por vez. Hasta que todo lo que Holland quiso, más que la habilidad para salvar su mundo, más que la fuerza para traer la magia de regreso, más que nada, era que terminara.

Era cobardía —él lo sabía—, pero la cobardía venía con más facilidad que la esperanza.

Y en aquel momento al lado del puente, en el que Holland bajó la guardia y dejó que el principito malcriado de Kell enterrara la barra de metal en su pecho, la primera cosa que sintió —la primera y la última y la única cosa que sintió— fue alivio.

De que finalmente acabase.

Solo que no lo hizo.

Matar a un *antari* es difícil.

Cuando Holland se despertó, agonizando, en un jardín muerto, en una ciudad muerta, en un mundo muerto, lo primero que sintió entonces fue dolor. Lo segundo, libertad. El amarre de Athos Dane había desaparecido y Holland estaba vivo, roto pero vivo.

Y varado.

Atrapado en un cuerpo herido, en un mundo sin puertas, a merced de otro rey. Pero esta vez, tenía *elección*.

Una chance de enderezar las cosas.

Se había parado, casi muerto, ante el trono de ónix y había hablado con el rey tallado en piedra y había intercambiado su libertad por la chance de salvar su Londres, de verlo florecer otra vez. Holland había hecho el trato, pagado con su propio cuerpo y alma. Y con el poder del rey sombra, finalmente había traído la magia de regreso, había visto a su mundo florecer en colores, visto la esperanza de su gente revivir, su ciudad recuperada.

Había hecho todo lo que podía, había dado todo para mantenerla a salvo.

Aun así no había sido suficiente.

No lo era para el rey sombra, quien siempre quería más, quien se hacía cada día más fuerte y ansiaba caos, magia en su forma más pura, poder sin control.

Holland perdía el control del monstruo en su piel.

Así que había hecho lo único que podía hacer.

Le había ofrecido a Osaron otro recipiente.

—*Muy bien...* —había dicho el rey, el demonio, el dios —, *pero si no pueden ser persuadidos, mantendré tu cuerpo como propio*.

Y Holland había aceptado, ¿cómo no hacerlo?

Haría lo que fuese por Londres.

Y Kell, el malcriado, infantil, terco de Kell, roto y sin poder y atrapado por ese maldito collar, aun así se había negado.

Por supuesto que se había negado.

Por supuesto...

Entonces, el rey sombra había sonreído, con la boca del mismísimo Holland, y él había luchado, con todo lo que pudo invocar, pero un trato es un trato, y el trato estaba hecho, y sintió a Osaron elevándose —un solo movimiento violento— y él fue empujado hacia abajo, a las profundidades oscuras de su propia mente, hundido por la corriente de la voluntad del rey sombra.

Inerme, atrapado dentro de su propio cuerpo, confinado por un trato, incapaz de hacer nada, excepto mirar y sentir y ahogarse.

—¡Holland!

A Kell se le quebró la voz mientras luchaba con el cuerpo quebrado contra el armazón, como Holland había hecho una vez, cuando Athos Dane lo había amarrado. Lo había quebrado. La jaula drenaba casi todo el poder de Kell; el collar alrededor de su cuello bloqueaba el resto. Había terror en los ojos de Kell, una desesperación que lo sorprendió.

—¡Holland, bastardo, pelea!

Lo intentó, pero su cuerpo ya no era suyo, y su mente, su mente agotada, se hundía cada vez más...

«Ríndete», dijo el rey sombra.

—¡Muéstrame que no eres débil! —La voz de Kell se coló a la fuerza—. ¡Prueba que no sigues siendo esclavo de la voluntad de otro!

«No puedes luchar conmigo».

—¿Realmente regresaste hasta aquí para perder de este modo?

«Ya gané».

—¡Holland!

Holland odió a Kell y en ese momento, el odio fue casi suficiente para impulsarlo hacia arriba, pero incluso aunque quisiera alzarse contra el señuelo del otro *antari*, Osaron era inflexible.

Holland escuchó su propia voz, en ese momento, pero por supuesto, no era suya. Una imitación retorcida por el

monstruo que vestía su piel. En la mano de Holland, una moneda roja, un *souvenir* de otro Londres, el Londres de Kell, y Kell maldecía y se lanzaba contra sus ataduras, hasta que se le agitó el pecho y las muñecas le sangraron.

Inútil.

Todo era inútil.

Una vez más, era un prisionero en su propio cuerpo. La voz de Kell resonó a través de la oscuridad.

«Solo has intercambiado un amo por otro».

Se estaban moviendo ahora, Osaron guiaba el cuerpo de Holland. La puerta se cerró tras ellos, pero los gritos de Kell aún se lanzaban contra la madera y se quebraban en sílabas rotas y alaridos estrangulados.

Ojka estaba en el pasillo afilando sus cuchillos. Levantó la mirada, revelando la cicatriz con forma de media luna en su mejilla y sus ojos de dos colores, uno amarillo y el otro negro. Una *antari* forjada por sus manos, por su merced.

—Su Majestad —dijo ella, enderezándose.

Holland intentó alzarse, intentó forzar que su voz saliera por sus labios —*suyos*—, pero cuando vino el habla, las palabras fueron de Osaron.

—Vigila la puerta. No dejes pasar a nadie.

El destello de una sonrisa por la línea carmesí de la boca de Ojka.

—Como desee.

El palacio pasó como un borrón y luego estaban afuera, dejando atrás las estatuas de los mellizos Dane en la base de las escaleras, avanzando con rapidez debajo del cielo morado por un jardín ahora flanqueado por árboles, en lugar de cuerpos.

¿En qué se convertiría sin Osaron, sin él? ¿Continuaría floreciendo la ciudad? ¿O colapsaría, como un cuerpo privado de vida?

«Por favor», rogó en silencio. «Este mundo me necesita».

—*No tiene sentido*—dijo Osaron en voz alta, y Holland se sintió descompuesto por ser el pensamiento en su cabeza en vez de la palabra—, *ya está muerto*—continuó el rey—. *Comenzaremos de nuevo. Encontraremos un mundo digno de nuestra fuerza.*

Llegaron al muro del jardín y Osaron sacó una daga de la vaina que llevaban a la cintura. La dentellada del metal sobre la piel fue nada, como si a Holland le hubiesen amputado los sentidos, enterrado él tan profundo como para sentir algo más que el agarre de Osaron. Pero cuando el rey sombra tocó la sangre con los dedos y levantó la moneda de Kell hacia la pared, Holland luchó una última vez.

No iba a poder recuperar su cuerpo —aún no—, pero quizá no lo necesitara todo.

Una mano. Cinco dedos.

Lanzó cada ápice de fuerza, cada pizca de voluntad, hacia esa extremidad y a mitad de camino del muro, se detuvo y quedó como flotando en el aire.

Le chorreaba sangre por la muñeca. Holland sabía las palabras para destruir un cuerpo, para convertirlo en hielo o ceniza o piedra.

Todo lo que tenía que hacer era guiar la mano a su propio pecho.

Todo lo que tenía que hacer era darle forma a la magia...

Holland pudo sentir la irritación que se propagaba en Osaron. Fastidio, no rabia, como si este último levantamiento, esta gran protesta, fuera nada más que una pica-zón.

«*Qué tedio*».

Holland continuó luchando, incluso logró mover la mano un centímetro, dos.

«*Suelta, Holland*», advirtió la criatura en su mente.

Con lo que le quedaba de voluntad, Holland forzó la mano un centímetro más.

Osaron suspiró.

«No tenía que ser de esta manera».

La voluntad de Osaron lo golpeó como una pared. Su cuerpo no se movió, pero su mente salió disparada hacia atrás y quedó clavada bajo un dolor demoledor. No como el dolor que había experimentado miles de veces, del tipo que había aprendido a superar para existir más allá de él, por fuera, del tipo del que podía escapar. Este dolor estaba arraigado en su mismísimo núcleo. Lo quemaba, repentino e intenso, y cada nervio le ardía con un calor abrasador de tanta intensidad que gritó y gritó y gritó dentro de su cabeza, hasta que la oscuridad finalmente —misericordiosamente— se cerró sobre él y lo obligó a bajar y caer.

Y esta vez, Holland no intentó asomarse.

Esta vez, se dejó hundir.



Kell siguió lanzándose contra la jaula de metal por mucho tiempo más, después de que la puerta se hubo cerrado con fuerza y el cerrojo se hubo deslizado a su lugar. Su voz todavía hacía eco contra las paredes de piedra blanca. Había gritado hasta quedarse ronco. Aun así, nadie se había acercado. El miedo latía en él, pero lo que más asustaba a Kell era el aflojamiento, el dislocamiento de una conexión vital, la sensación de pérdida en expansión.

Apenas podía sentir el pulso de su hermano.

Apenas podía sentir nada que no fuera el dolor en sus muñecas y un frío horrible y entumecedor. Se retorció contra el marco metálico, luchó contra los amarres, pero se mantuvieron firmes. Las palabras del encantamiento estaban garabateadas en los costados del aparato y pese a que había una gran cantidad de sangre de Kell frotada sobre el acero, el collar que le rodeaba el cuello bloqueaba todo lo que necesitaba. Todo lo que tenía. Todo lo que *era*. El collar arrojaba una sombra sobre su mente, una película de hielo sobre sus pensamientos, una pena y un temor gélidos y una ausencia de toda esperanza que lo atravesaba. Ausencia de fuerza. «Ríndete», susurraba por su sangre. «No tienes nada. No eres nada. No tienes poder».

Nunca había estado sin poder.

No sabía cómo estar sin poder.

El pánico se alzó en lugar de la magia.

Tenía que escapar.